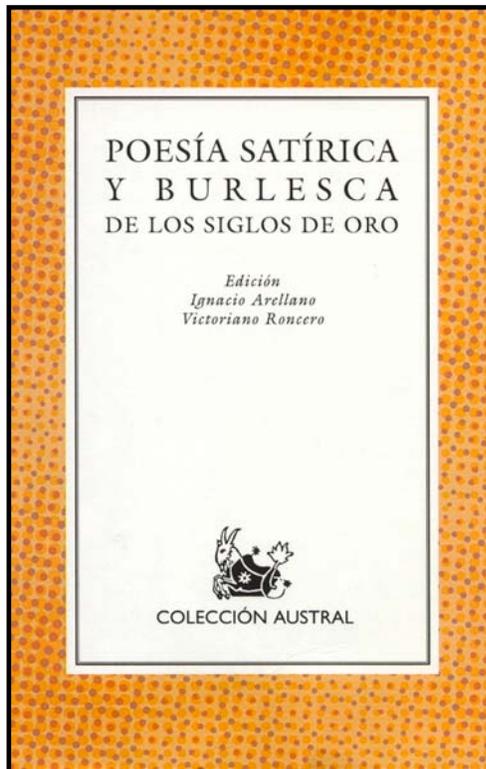


Arellano, Ignacio, y Victoriano Roncero, eds. *Poesía satírica y burlesca de los Siglos de Oro*. Colección Austral 534. Madrid: Espasa-Calpe, 2002. pp. 344. ISBN 84-670-0178-X

Reviewed by Antonio Cortijo Ocaña  
University of California, Santa Barbara



La poesía satíricoburlesca de los Siglos de Oro merece ocupar un lugar destacado en el estudio de la literatura áurea. Son numerosísimas las composiciones de este tipo –breves o más largas– y su calidad alcanza cimas elevadas. Muchos –por no decir todos– poetas de primera fila, desde Garcilaso a Lope, Quevedo y Góngora, se ejercitaron en la misma. Géneros enteros – desde el mero epigrama lírico a las fábulas burlescas o hasta los más desarrollados epilios épico-burlescos como la *Gatomaquia* de Lope– se basan en la ironía, la parodia, la burla y la sátira. Dentro de otros géneros literarios, como el dramático, subgéneros enteros de gran éxito en el momento, como el entremés, la comedia burlesca, o las loas y bailes, pertenecen asimismo a este registro. En los últimos tiempos, desde los trabajos ya clásicos de José Luis Rodríguez Puértolas y José Manuel Blecua para la lírica medieval y renacentista a los de Javier Huerta Calvo para la literatura áurea carnavalesca en general e Ignacio Arellano y el Grupo Griso de Navarra para la comedia burlesca, se ha observado un interés creciente por este tema que está ayudando a matizar el complicado y nutrido mundo de la sátira áurea.

Es acierto de Ignacio Arellano y Victoriano Roncero, los editores de este volumen de la *Colección Austral*, el presentar una selección adecuada y representativa de esta literatura líricoburlesca y el hacerla preceder de un estudio introductorio breve y atinado que pone al lector al tanto de las principales características de esta literatura. Les interesa a los editores distinguir los conceptos de sátira y burla. Recogen la opinión que insiste en ver una oposición sátira-burla basada en la aceptación o rechazo de los valores sociales del momento como motivación de las mismas. Sin embargo, como señalan los propios editores, esta distinción no resuelve o explica al completo los mecanismos de funcionamiento de esta literatura. Arellano-Roncero desarrollan a continuación una tipología de la literatura satíricoburlesca, cuyos temas prioritarios son: a) diversas formas de la degradación de lo erótico; b) temas y motivos coetáneos y costumbristas; c) oficios y tipos ridículos; d) temas morales y políticos; e) temas variados de diversa frecuencia. En esta literatura abunda, asimismo, lo escatológico, así como la burla lingüística y literaria como algunos de los constituyentes más repetidos en la misma. En suma, “la burla y la sátira se desarrollan, pues, en los terrenos del infrarrealismo (opuestos a la idealización positiva de los géneros cortesanos, amorios o caballerescos), propios de la amplia literatura de risa y crítica (novela picaresca, comedia burlesca, entremés, cuadros costumbristas). La realidad evitada

cuidadosamente en la poesía seria y «elevada» constituirá el fundamento de la satírica y burlesca. Todo lo bajo y repugnante tiene aquí existencia por derecho propio, según complejas fuentes y motivaciones» (31).

El estilo al que pertenecen los textos de esta literatura es el bajo o *torpe*, opuesto en especial al heroico. Basándose en textos teóricos de poética del momento (Pinciano, etc.), Arellano-Roncero muestran que esta poesía utiliza con profusión la *parodia* y la *caricatura*. La primera «no es otra cosa que un poema que a otro contrahace, especialmente aplicando las cosas de veras y graves a las de burlas» (Pinciano), es decir, parodiando un texto arquetipo a través del texto paródico, con un contraste evidente entre ambos. La segunda «lleva a cabo la degradación extrayendo del conjunto del objeto eminente un rasgo asilado que resulta cómico; los principios básicos de la caricatura son la selección, exageración e independización de los rasgos del modelo retratado, convertido en un mecanismo disarmónico provante a risa o desprecio» (45). La parte introductoria culmina con una selección de bibliografía que recoge lo más clásico y moderno sobre los estudios al respecto.

Preparado el lector con un panorama crítico breve de los problemas pertenecientes al mundo de la sátira y la burla en los textos de la literatura áurea, los editores se excusan al decir que «la nuestra [edición] es un simple ensayo que intenta ofrecer una colección mínimamente representativa de la poesía satírica y burlesca de los siglos XVI y XVII en un volumen accesible. [...] Hemos intentado conciliar unas y otras jerarquías, incluyendo los poetas mayores y otros de menores vuelos que eran, sin embargo, insistentes cultivadores de lo risible» (55).

En conjunto se recogen 105 composiciones (algunas fragmentariamente) de ocho poetas del siglo XVI (Cristóbal de Castillejo, Diego Hurtado de Mendoza, Sebastián Orozco, Baltasar del Alcázar, Francisco de Aldana y Miguel de Cervantes y dos anónimos) y diez y ocho del siglo XVII (Lupercio Leonardo de Argensola, Bartolomé Leonardo de Argensola, Luis de Góngora, Lope de Vega, Juan de Salinas, Francisco de Quevedo, Salas Barbadillo, Conde de Villamediana, Castillo Solórzano, Antonio Hurtado de Mendoza, Francisco Bernardo de Quirós, Anastasio Pantaleón de Ribera, Polo de Medina, Trillo y Figueroa, Juan de Ovando y Santarén, Jacinto Alonso Maluenda, Jerónimo de Cáncer y Juan del Valle Caviedes). Las selecciones de cada poeta están precedidas por una somerísima nota biobibliográfica en que se sitúa al autor en sus coordenadas de tiempo y lugar y se dan unas pequeñas notas sobre su importancia en la historia literaria española. En nota a pie de página se indica de qué fuente provienen los poemas seleccionados, con lo que el lector tiene a su alcance la información que le permite ampliar sus lecturas. Los textos se editan concienzudamente y se acompañan de un aparato de notas necesarias y nunca farragosas o *para especialistas* que permiten al lector seguir el sentido de las composiciones y aclarar los numerosos matices que resultan de dificultad en este tipo de poesía para reír.

Como indican los editores, toda antología es fruto de la selección subjetiva de quien la realiza. No encontramos grandes ausentes entre los antologizados (quizá con la excepción del fraile benito, fray Melchor de la Serna) y en este libro están las composiciones que más fama despertaron en la época, a juzgar por el volumen de ediciones o textos manuscritos que las han preservado. De importancia son también las palabras con que los editores *recomiendan* estas composiciones no como ejemplos depurados de poesía elevada o inspirada (y muchas lo son) sino como fruto abundante de la minerva lírica de los Siglos de Oro y como tal representativas de una época de la cultura. Las críticas misóginas, los despropósitos insultantes, las impropiedades e indecorosidades, las burlas puramente eróticas, la tergiversación de los códigos de comportamiento, las irreverencias, etc., etc. de que se nutren estas composiciones no son óbice

para disfrutarlas como elevados ejemplos de cultivo poético y/o muestras de una parte crucial de nuestra cultura.

Por las páginas de esta antología pasan los epigramas de Castillo Solórzano (quizá alguna otra composición misógina del mismo se podría haber recogido), la celeberrima *Fábula del Cangrejo* de Diego Hurtado de Mendoza, las sátiras de Orozco sobre alcahuetas, corcovados, narigudos, etc., el anónimo y no menos conocido “Rapádoselo estaba cierta hermosa”, las diatribas de Bartolomé de Argensola contra abogados melnudos, viejas desdentadas, médicos o viejos enamorados, los archiconocidos quevedescos “Érase un hombre a una nariz pegado” y “Si eres campana, ¿dónde está el badajo?” así como la *Carta de Escarramán a la Méndez* (como muestra del género de las jácaras germanas), las invectivas a las actrices Josefa Vaca y Amarilis del conde de Villamediana, etc., etc.

En suma, una lectura obligada para todo lector de poesía áurea, que tiene ahora en sus manos una breve antología comentada para abrir boca.